

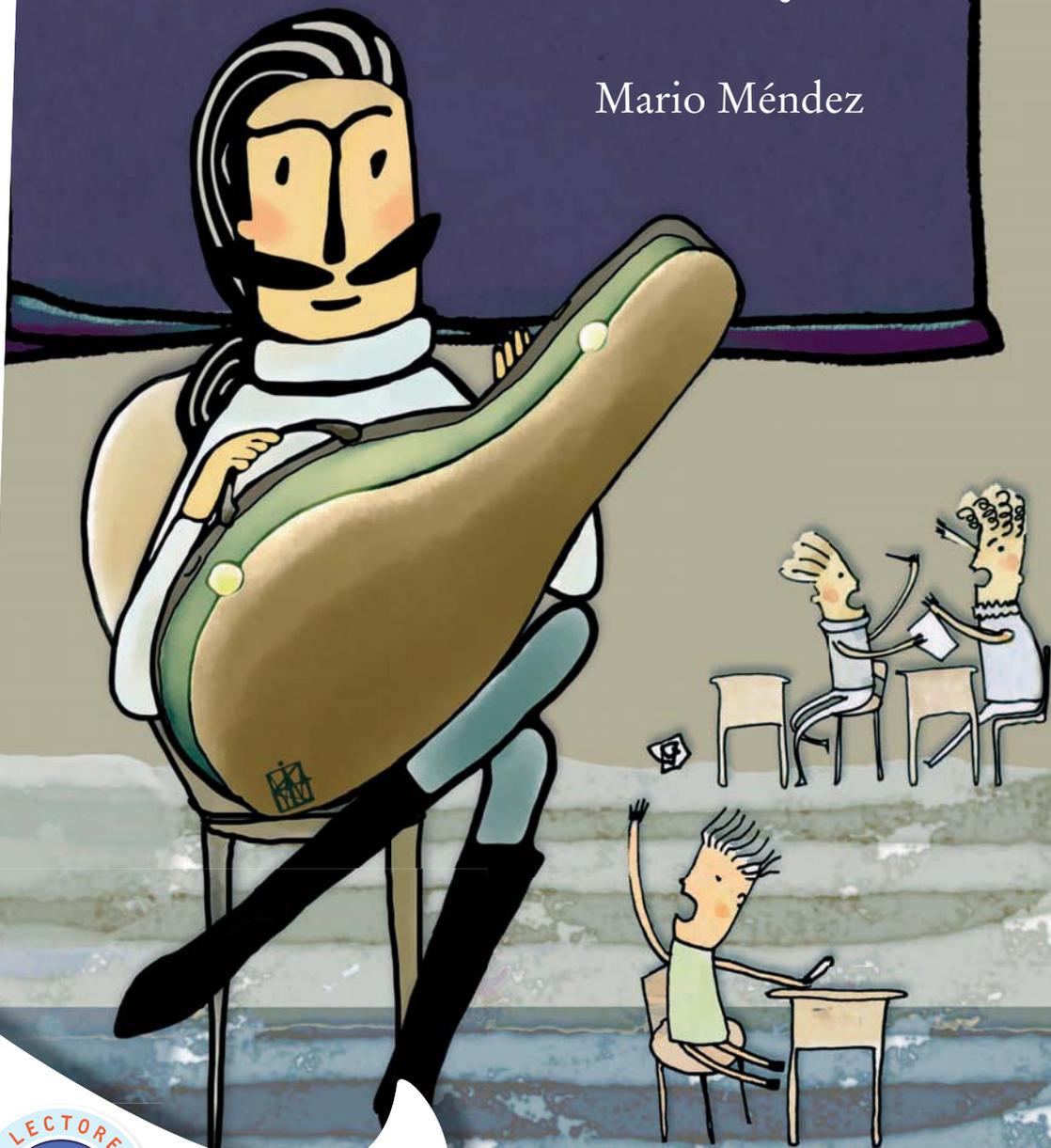
# ¡MÚSICA, MAESTRO!

serie

ABRAZO  
DE LETRAS

Mario Méndez

ilustraciones / Leicia Gotlibowski





Mario Méndez

# ¡MÚSICA, MAESTRO!



EDITORIAL HOLA CHICOS  
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.  
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998  
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar  
www.holachicos.com.ar

¡MÚSICA, MAESTRO!

Autor: Mario Méndez  
Ilustrador: Leicia Gotlibowski  
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-1561-99-5

Producción gráfica de 2.000 ejemplares realizada por Printerra SRL  
Enero 2016

Méndez, Mario  
Música maestro / Mario Méndez ; ilustrado por Leicia Gotlibowski. - 1a ed.  
.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2016.  
64 p. : il. ; 24 x 17 cm. - (Abrazo de letras. blanca)

ISBN 978-987-1561-99-5

1. Biblioteca Infantil y Juvenil. 2. Novela. I. Gotlibowski, Leicia , ilus. II.  
Título.  
CDD A863

© 2016 H ola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723  
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



# ÍNDICE

<b>1</b> .....	5
<b>2. Música para leones</b> .....	9
<b>3. La guitarra de José</b> .....	21
<b>4. El violín de Filomeno</b> .....	35
<b>5. La serenata ranquel</b> .....	47
<b><i>Sobre el autor</i></b> .....	63



**E**l maestro de música miró hacia el interior de nuestra aula con preocupación. Lo que vio no le gustó nada: no podía gustarle. Dentro del curso volaban las tizas, los papeles, hasta alguna cartuchera. Acompañaba el lanzamiento libre un notable griterío. El maestro, nuevo en el colegio, juntó coraje y entró. Por unos instantes se hizo silencio; después, aunque con menos fuerza, volvieron los gritos. El maestro caminó despacio hasta el escritorio, corrió una caja de tizas, sopló para quitar el polvo y recién entonces apoyó el estuche de cuero que llevaba en la mano derecha. Carraspeó y luego pidió silencio en voz baja. Nosotros, sus futuros alumnos, no lo escuchamos. Más bien parecíamos empeñados en desoírlo.



El nuevo maestro de música se encogió de hombros, como si no le importara. Abrió el estuche y sacó con delicadeza, con amoroso cuidado, un instrumento muy viejo. Muy viejo y muy bello. Lo presentó: era una mandolina. La caja de madera brillaba como recién lustrada. El profesor corrió la silla del escritorio hasta la mitad de la sala, frente al pizarrón, y se sentó. El ruido en el aula había decrecido notablemente. Con la mandolina apoyada sobre la pierna alzada, volvió a carraspear y pulsó las cuerdas. Mientras tocaba, acompañaba la vibración de las cuerdas con el taco de la bota. El sonido de la mandolina, un sonido que ninguno de nosotros habíamos oído antes, armonizaba perfectamente con el repiqueteo del taco. La bota daba la base, la mandolina vibraba: la música se apoderó del aula por completo.

El “concierto para mandolina y taco”, como lo llamó luego el maestro, duró unos cinco minutos. Cuando terminó, sonaron dos o tres tibios aplausos. Pero el mejor de los reconocimientos, el que nuestro nuevo profesor había perseguido, fue la callada atención de todo el curso. Recién entonces se presentó. Algunos

anotaron su nombre, otros ni lo oímos. Luego nos dijo que tenía algo para contarnos. Empezó diciendo que, como seguramente ya habríamos escuchado antes, un viejo dicho asegura que la música calma a las fieras. De eso, precisamente, quería hablarnos, y no era, nos aseguró con una sonrisa que no todos



comprendieron, ninguna alusión personal. Antes de contar el cuento que varios supusimos que había improvisado en el momento, dijo que si Pi hubiera tenido un instrumento en el bote, sus días con el tigre no habrían sido tan duros. Tampoco fueron muchos los que entendieron el nuevo comentario: sólo unos pocos habíamos visto *La vida de Pi*, la película de la que hablaba y de la que había sacado, nos dimos cuenta después, su improvisada historia.

Cuando al fin comenzó con el relato, no volaba una mosca. El maestro de música, que de tanto en tanto hacía sonar las cuerdas de la mandolina, nos contó el cuento que llamó “Música para leones”.





## MÚSICA PARA LEONES

**H**ace ya muchos años, por la época en que los viajes intercontinentales se hacían exclusivamente en barco, los integrantes del famoso circo italiano Imperiale se embarcaron en Génova rumbo a Nueva York. En el *Antonietta*, inmenso paquebote fondeado en la costa italiana, los integrantes del circo se dividieron según su importancia y prestigio. A los camarotes de segunda subieron los tres payasos, los seis músicos de la orquesta estable del gran circo y casi todos los acróbatas, que eran más de una docena. En primera clase viajaban el domador de leones, el lanzador de cuchillos (que era el mismo que hacía el papel del forzudo), el mago (que era, a la vez, dueño y presentador) y la *ecuyère* (que era su mujer y le hacía de ayudante en el célebre número en

el que el mago la serruchaba al medio). En la tercera, se acomodaron los peones que armaban la carpa, daban de comer a los animales y mantenían la limpieza.

En el barco iban, también, unos cuantos animales. Salvo el caniche de la *ecuyère*, que compartía el camarote con su dueña, los demás animales del circo se amontonaron en la bodega. Eran nueve en total: un chimpancé, que era *partenaire* de los payasos, un elefante de la India, tres caballos blancos y uno pinto, un camello y la pareja de leones.

Mientras se paseaba por la borda, fumando grandes cigarros, el dueño del circo soñaba con un futuro de gloria. Estaba seguro de que en América lo esperaban la fama y la riqueza. No podía saber que sólo uno de sus artistas llegaría a pisar el nuevo continente.

Tras una semana de viaje apacible, ya en medio del Atlántico, una tremenda tormenta acometió al paquebote que, según se dijo después, había sido mal estibado. El barco se desestabilizó bajo el empuje de los vientos huracanados y de las olas gigantescas que lo tomaron por estribor, y aunque el capitán luchó todo lo que pudo para mantenerlo a flote, el *Antonietta* se

hundió sin remedio. Antes de que la inmensa mole se perdiera en las profundidades, todas las mujeres embarcadas, más los niños, que no eran muchos, subieron a los botes salvavidas. Sin embargo, la tormenta era tan tremenda que nunca más se supo de ellos. Otros pasajeros intentaron salvarse del naufragio nadando desesperados: tampoco tuvieron suerte.



El desastre fue casi total. Casi. Al día siguiente del naufragio, cuando el mar se mostraba apacible y sobre la calma superficie se reflejaba el sol (un sol tan alegre y brillante que parecía desmentir que hubiera ocurrido una tormenta), dos sobrevivientes se encontraron en un bote. Uno de ellos era Adalberto Veronesse, violinista de la orquesta estable del gran circo. El otro era Titán, el león.

De qué manera habían conseguido subirse al bote esos dos curiosos sobrevivientes, nunca se supo. El violinista aseguró, cuando fue rescatado, que se había despertado dentro del bote sin saber ni cómo ni cuándo había llegado hasta él, y que lo primero que vio al abrir los ojos fue la gran melena de Titán. Nada más y nada menos.

Tras los muchos años de cautiverio, a Titán no se lo podía considerar como un animal salvaje, aunque el domador siempre advertía que no había que confiarse. Adalberto, que alguna vez había oído las palabras del domador, lo miró con temor, y se mantuvo en su rincón del bote, agazapado. Titán no pareció interesado en su compañero. Se dio vuelta, bostezó y se echó a dormir.